

Narrativas literarias del crimen: “La historia de Siete Colores” y su incidencia en los procesos de mediación social.

Laura Urrego Gaitán.

Cita:

Laura Urrego Gaitán (2019). *Narrativas literarias del crimen: “La historia de Siete Colores” y su incidencia en los procesos de mediación social.* XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/189>



Narrativas literarias del crimen: “La historia de Siete Colores” y su incidencia en los procesos de mediación social

Laura Urrego Gaitán

Resumen

El gestionamiento de las prácticas cotidianas han permitido establecer un marco de referencia mediante el cual se han estudiado los fenómenos culturales presentados en estas mismas; el crimen y la cultura, entendidos como mecanismos de mediación de las dinámicas sociales, permiten comprender los conflictos de la sociedad colombiana, siendo representados en la Industria Cultural a partir de producciones artísticas como la literatura, que han sido distribuidas por los medios de comunicación. Estas producciones, han modificado las percepciones de la realidad, configurando nuevas prácticas sociales desde las cuales las colectividades han adoptado patrones de relación, no sólo con su entorno, sino también con sus semejantes, transformando sus procesos de mediación social, cultural y político.

Es por esto que esta ponencia se centra en la identificación de las narrativas literarias y discursos mediáticos que devienen del texto “El mito de Siete Colores, relatos de la vida del bandolero Efraín González Téllez” que modifican las prácticas sociales, en relación a las formas de entender la criminalidad desde lo popular e institucional, transgrediendo la concepción de la misma como fenómeno social sujeto a leyes y normas. De esta forma, se implementó una matriz de análisis de contenido con la cual se pretende reconocer los cambios dentro de las prácticas sociales cotidianas representadas en personajes, escenarios, interacciones y las consecuencias de las mismas; constatando la subversión de las relaciones de poder en donde el criminal se convierte en héroe y la institucionalidad ocupa un segundo lugar en la jerarquía social.

Palabras claves

Prácticas sociales, crimen, literatura, mediación, narrativas.

El mito del héroe popular: El caso de Efraín González Téllez

Para Colombia el desarrollo que pretende la comercialización de las prácticas culturales se ha visto influenciada por las condiciones coyunturales que transversalizan todos sus procesos sociales; de esta forma, este mismo cuenta con diversos antecedentes bélicos que por más de 60 años han configurado dinámicas específicas de relación entre los



sujetos adscritos a entorno estructural este país, que se refleja en gran medida en los productos de la empresa cultural del país. Ahora, a raíz de los múltiples brotes de violencia que se presentaron en Colombia durante La Violencia (1948-1958) el Estado decidió tomar medidas robustas en donde se establece una proliferación de casos de silenciamiento hacia los campesinos por parte de la fuerza pública, despojo de tierras por medio del asesinato de los dueños o amenazas para lograr la venta de las mismas, desplazamiento forzado y el incendio de casas, en función de instaurar un reordenamiento de las clases sociales en el campo, que aconteció la conformación de guerrillas liberales en el territorio, la cuales le dieron cabida a la aparición del Bandolerismo como expresión de resistencia a las manifestaciones violentas, que se perpetúan y legitiman desde el discurso institucional en contra de los sectores populares y a favor de sus políticas hegemónicas.

La época de violencia en el territorio rural, inició con una constante lucha entre los dos partidos tradicionales que tuvieron durante varias décadas en sus manos el poder hegemónico del país: el Partido Liberal y el Partido Conservador; estas disputas fueron uno de los tantos agravantes de la condición violenta en la que se veía enmarcado el contexto colombiano que se desemboca con el asesinato del Caudillo Liberal Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, dando apertura a una serie de disturbios que tuvieron lugar en la capital del país, recibiendo el nombre de “El Bogotazo”.

Estas expresiones de violencia, promovieron la creación de figuras personificadas que protagonizaban los relatos periodísticos y populares durante varias décadas, que estaban fundamentados en la construcción discursiva de personajes entre la disputa constante de diversas dualidades valorativas. Así surgen como un fenómeno relacionado aparecen las crónicas, las novelas, los relatos, entre otras como modelos de narración de la realidad, que evidencian un dicotomía discursiva y antagónica entre “los buenos y los malos”, dándole fuerza a la novela criminal en el país, que se encargó durante mucho tiempo de relatar de diferentes maneras la forma en la que el crimen se expresaba en Colombia.

Partiendo de esto, se hace relevante cuestionar los modos de funcionamiento de las narrativas criminales dentro del cine y la literatura en relación con su gran influencia en las dinámicas conductuales y de relación intersubjetiva entre sujetos, reflejadas en discursos institucionales y populares que devienen de los procesos de mediación social



y, finalmente, en la subversión de los roles por parte de los sectores populares hacia los diferentes participantes de los acontecidos narrados.

De esta forma, entendiendo que la tesis de este artículo se centra en entender el funcionamiento del crimen y la cultura en los mecanismos de agenciamiento de las dinámicas sociales, se hace importante comprender la representación de los conflictos de la sociedad actual colombiana dentro del escenario de la industria cultural, que a su vez busca la modificación e instauración de percepciones específicas de la realidad para transformar los procesos de estructuración de los sujetos en sus contextos. En este sentido, estos “modos” de aprehender los fenómenos sociales presentes en un marco estructural, se desarrollan en función al impacto de los discursos narrativos de algunos productos de la industria cultural, en donde relatos como la literatura, refuerzan y legitiman comportamientos que perpetúan el agenciamiento del crimen en la cotidianidad para dar solución a prácticas conflictivas que permiten ejercer acciones criminales al margen la legalidad y de los estatutos judiciales, establecidos por las instituciones de orden y control.

Ahora, para desarrollar un análisis de representaciones que se preguntara por las figuras criminales e institucionales que se configuran en la industria cultural colombiana, se escogieron algunos relatos del cronista y escritor colombiano Pedro Claver Téllez, quien retrata desde sus palabras la vida y obra de uno de los bandoleros más sonados y temidos en sus momentos en el país: Efraín González Téllez. Téllez nace en 1933 en Santander durante el mandato presidencial de Enrique Olaya Herrera y el derrumbe del régimen del partido Conservador, de la cual se consolida la derivación la hegemonía Liberal, en el país (Melo, 1978). Su padre fue asesinado en una abatida del Ejército en 1960 y luego de esto se enlista en el Ejército como enfermero, pero a raíz de un impase con su comandante debido a la venta de armas y municiones ilegales en el batallón, este es apresado por un tiempo. De esta forma, Efraín deserta del Ejército en 1958 y se establece como una figura importante dentro del bandolerismo rural en el país, estableciendo las dinámicas de funcionamiento del mismo en muchos territorios.

Dentro del marco normativo, cabe resaltar que el país aún estaba regido por la Constitución de 1886 y, además, se establecía el Frente Nacional en 1958, lo que lleva a que aparezca el bandolerismo como una recomposición de las clases dominantes del mismo en las zonas rurales y como una expresión campesina desesperada que no surge



a raíz de la ausencia de organización de estos grupos rurales que se había dado gracias a la Ley 200 de 1936 que se creó durante el mandato de Alfonso López Pumarejo, que buscaba solucionar los conflictos agrarios de la época; sino desde el aniquilamiento de la organización política que surgió como medida de control de los partidos dominantes (Sánchez & Meertens, 1983)

El enfoque metodológico que permitió una lectura crítica con respecto a los relatos y sus representaciones de lo popular y lo institucional, fue el desarrollado por la teoría de las mediaciones planteada por Manuel Martín Serrano, destacando una matriz de análisis de contenido como herramienta base del diseño metodológico propuesto por este mismo, que busca encontrar sistemas y objetos de referencia, pautas de valor, disposiciones de necesidad, temporalidades, con el fin de comprender la relación que se ha establecido entre la literatura y el cine criminal y los procesos de mediación social, a partir de la categoría de mediación, la cual se entiende como la relación que existe entre un suceso histórico y el relato que se cuenta de este.

La matriz fue aplicada a los productos elegidos para poder determinar la estructura de cada narrativa y establecer la manera en la que la teoría de las mediaciones interviene en cada uno de los relatos a través de elementos como la mediación cognitiva, que hace referencia a la mitificación que se realiza del personaje principal por medio del discurso popular de quien narra la historia que, para este caso, es un taxista que se encuentra con un sospechoso pasajero que resulta siendo un temido bandolero de la época y a quien ayuda a darse a la fuga: Efraín González Téllez; lo que lo lleva a replantear la manera en la que piensa sobre las acciones de González, puesto que al saber un poco más sobre él, el taxista crea una percepción propia sobre lo que es el bandolero, contrario al discurso que era difundido sobre él en la radio y en la prensa; tanto así, que el taxista termina su relato exaltando la “berraquera” de Efraín y dándole un valor especial al acontecimiento ocurrido durante la historia.

Para Jaime Rodríguez (s.f.) en Colombia, particularmente, no hay una producción específica de novelas del género negro, como si hubo en Francia; sin embargo, es importante resaltar el surgimiento de las novelas con un tipo de características que se asemejan a las de este tipo alrededor del Siglo XIX con la obra cumbre: “Una ronda de don Ventura Ahumada” del escritor Eugenio Díaz Castro, que narra la historia de un monje que escapa, y es el jefe de policía de Bogotá el encargado de buscar y encontrar



al hombre en medio de trampas, testigos y arrestos que le dan sentido al relato policíaco. Años más tarde, aparece Camilo Pardo Umaña, con una serie de crónicas reunidas en un libro llamado *Narraciones coloniales*, que es una colección sobre eventos e historias que tienen lugar en la ciudad de Bogotá y que incluye robos, asesinatos y otra serie de crímenes que lo enmarcan parcialmente dentro del género policíaco. De esta forma, este tipo de literatura se enmarcó dentro de las dinámicas de lo que Adorno y Horkheimer (1994) denominan como industria cultural, entendida como aquel proceso a través del cual se conducen las dinámicas sociales por medio de técnicas de reproducción en serie que pretenden satisfacer necesidades específicas por medio de bienes y servicios culturales, necesidades que han sido creadas por la misma industria cultural con el fin de homogeneizar los comportamientos sociales para la consolidación y cumplimiento de un discurso normativo impuesto por estas estructuras de poder.

Teniendo en cuenta lo anterior, en la década de los 50 y 60 nacen las crónicas noveladas y las novelas por encargo en los periódicos colombianos, los cuales se caracterizaban por ser creaciones literarias fundamentadas en el consumo masivo y en la reproducción en serie de narrativas populares fruto de las historias relatadas en los contextos extra-institucionales y que son definidas por Martín-Barbero (2002) como esas formas de saber contar por medio de la oralidad, a través de la persistencia de los dispositivos de la cultura y enunciación de lo popular. Así pues, entendiendo estas dinámicas, nacen diversos representantes del género literario de la crónica, tales como Pedro Claver Téllez, quien relata la vida y los crímenes de docenas de bandoleros que ejercían desde la época en la que finaliza la Guerra de los Mil Días, hasta los conflictos de los esmeralderos en Colombia.

Una de sus obras más importantes fue la narración de las hazañas de un personaje intrépido, que lograba escapar de los estatutos institucionales represivos: la vida de Efraín González Téllez representa la dualidad moral entre bien y el mal, además de su incidencia en los contextos sociales. Efraín fue un bandolero conservador que se situó territorialmente por el departamento de Santander y Boyacá, y que actuaba, inicialmente, bajo el afán de tomar represalias debido a ataques personales por parte de las fuerzas militares hacia este mismo y su familia; durante sus años de acción fue conocido como “Siete Colores” debido al factor mítico que rodeaba su figura de criminal bendecida por el pueblo y las entidades eclesiásticas, quienes decían que su



caracterización camaleónica le permitía variar como los colores del arcoíris para evadir a sus contrincantes.

Fue considerado como una suerte de “Robín Hood criollo” y obtuvo el apoyo de muchos campesinos pobres a raíz de las historias que se difundían de pueblo en pueblo acerca de sus hazañas, escapes, escurridizas habilidades y de su vida en general: robar a los ricos para darle a los pobres, cursar hasta tercero de primaria debido a la pobreza y la violencia, presenciar el asesinato de su padre en medio de una batida del Ejército, quedar huérfano, abandonar su lugar de origen por persecuciones de entes estatales, y más situaciones crearon un suerte de empatía con la gente del común, configurando su imagen como héroe del pueblo para los lugareños.

Así, dentro de las construcciones literarias de Pedro, específicamente en el texto “El mito de siete colores: seis relatos en torno al bandolero Efraín González”, Efraín ocupa un papel fundamental a partir de su relación con las dinámicas sociales y el crimen en sí mismo, y se caracteriza como “el bandolero más peligroso de Santander y uno de los más peligrosos y protegidos del país” (p. 44). Todo lo anterior desde diversas historias que son relatadas y en las que se pueden identificar diferentes dinámicas que, a partir de las formas populares de narrar, intervienen en las percepciones de la realidad de los individuos que las consumen.

El libro de Pedro Claver Téllez empieza narrando su infancia y la manera en la que tuvo que vivir el inicio de la época de la violencia bipartidista, pero justo antes de eso, en la década de los cuarenta, relata la armonía en la que vivían Conservadores y Liberales, quienes empiezan a entrar en disputa a partir de 1948 luego del asesinato del caudillo Liberal Jorge Eliécer Gaitán. La familia Téllez es una familia de campesinos acomodados que se sitúa en La Belleza, un corregimiento del municipio de Jesús María de la ciudad de Santander, un territorio de liberales que empieza a entrar en guerras interfamiliares y rivalidades debido al machismo, las relaciones de poder, la supremacía, al prestigio y el inicio de robos y atracos entre los habitantes de La Belleza y el corregimiento de Florián.

Cabe resaltar que dentro del texto se presentan diferentes dinámicas que evidencian ciertos comportamientos dentro de la sociedad; por ejemplo, la estratificación social en términos de lo económico se exponen a partir de la imagen de personas que tenían “los



campesinos ricos” a su servicio: sicarios y pistoleros gratuitos o a sueldo, mientras que los campesinos que no contaban con recursos económicos, debían enfrentar por sí mismos a los enemigos de la época: los liberales, los chulavitas y la fuerza pública. Además de esto, las dinámicas en cuanto al heroísmo son completamente visibles a partir de cómo la familia Téllez se enfrenta a sus contrincantes en repetidas ocasiones so pena de morir.

“Moriré peleando” o “Conmigo la pelea es peleando” (p.46), son frases que destacan la importancia de mantener el honor y la hombría enfrentando cualquier evento que fuese impuesto, incluso si esto significaba estar por fuera de la ley, entendiendo que el crimen se configura como un fenómeno que pertenece al campo social porque moviliza y excede a los miembros de este mismo en tanto que se instaura dentro del marco de la acción prohibida, la transgresión criminal y el castigo penal, estableciendo modelos de comportamiento que dictaminan unas formas del ser y del pensar del individuo en relación con su contexto (Tonkonoff, 2012). La disputa por lo legítimo y lo ilegítimo, adquiere validez e importancia en tanto que se enmarca dentro de la ausencia de legitimidad y reconocimiento de las fuerzas públicas por parte de los sectores populares, puesto que la representación de la neutralidad institucional en favor a las dinámicas del pueblo no estaba mediada por el carácter institucional debido a la ausencia de cercanía en el accionar de ambos grupos sociales.

Ahora, esta misma ausencia de reconocimiento se replica a otras esferas del espacio social, específicamente los que competen a la institución religiosa, puesto que uno de los principales aliados de Efraín durante este acontecer fue la institución religiosa, que aunque no era la tendencia por la época, legitimaba por encima de la institucionalidad el accionar de este bandolero en su búsqueda de justicia, respaldando y brindando protección frente a los intentos de captura por parte de la policía. Durante la construcción narrativa que deviene en la sucesión de acontecimientos del relato, es posible evidenciar disputas y prácticas de conflicto, que conforman y retratan relaciones de poder entre los actores participantes en el texto, que evidencian intereses particulares por parte de cada sector social involucrado, en donde la estructura institucional se establece bajo el relato por el orden de los espacios sociales, mientras que desde la perspectiva bandolera su accionar se ubica en la defensa de las afiliaciones de los sectores populares y el bien “colectivo” de los mismos.



Efraín durante el relato se ubica como aquella figura que aunque representa la ilegalidad, ostenta también la imagen de máxima autoridad, incluso por encima de las entidades institucionales, en tanto que él se configura como sujeto mítico que mediante el discurso que se narra rechaza las figuras tradicionales de autoridad impuestas, y busca instaurar nuevas relaciones de dominación en las que se “pisotea” el honor de la entidad pública puesto que la figura del bandolero al margen de la ley se eleva a la gloria al ser respaldado por el fervor popular que despierta su heroica resistencia, en donde su imagen se convierte en un mito contado a múltiples voces populares que consolidan el relato de la carrera criminal de González, siendo esta misma un referente de un individuo intocable para la sociedad que legitimaba comportamientos criminales sin ninguna repercusión legal y que, por ende, desacreditaba la aplicación de la ley alterando las percepciones que la sociedad civil tenían de esta misma.

Así pues, como las instituciones son agentes de mediación, intervienen en la formación social del individuo y, además, modifican los modos de vida de los sujetos a través de acciones punitivas que corrigen los actos criminales que han sido naturalizados y aceptados (Martín-Barbero, 1977) debido a las personificaciones del crimen de la industria cultural representados en individuos como Efraín González.

Por ende, se configura una mediación cognitiva que desarrolla mitificaciones culturales a partir de la relación entre el acontecer y el creer, por medio de representaciones que tienen como objetivo establecer valores y caracteres de universalidad, que terminan por condicionar las formas de percepción de la realidad; así, hay una consolidación de las figuras protagonistas categorizadas funcionalmente a partir de relatos antagonistas, - moralmente establecidos como buenos o malos- tales como los jueces o las entidades estatales, que tienen como principal objetivo desarrollar acciones a través de las cuales se unifican las formas de actuar de los individuos para que esto cumpla con el conjunto de leyes y normas que existen y que modelan las acciones de la sociedad en pro del bien común.

De igual forma, esta mediación desarrollada en el ámbito social, influye en los comportamientos colectivos que se dan en el marco de lo popular, en la medida que este se configura como todos los procesos sociales que engendran expresiones culturales por fuera de los sistemas institucionales, seleccionando objetos y movimientos que mejor se adapten a los criterios de las comunidades y, por ende,



pretendan eliminar las formas con los cuales esta misma ha sido categorizada tradicionalmente desde los discursos hegemónicos, para así, construir un nuevo relato en torno a lo que se entiende por popular. (Canclini, 2004)

En este sentido, se establece una relación con el relato de Pedro Claver y las instituciones a partir de la manera en la que el gobierno del país ha tratado de negociar con los grupos criminales que se han ido creando a lo largo de la historia y cómo se han ido modificando las dinámicas sociales en términos de las relaciones de poder entre criminales e instituciones, ya que en medio de la modificación de estas dinámicas, hay una subversión de los papeles, en donde el criminal es quien ocupa el lugar del policía y este último se deslegitima por parte de la sociedad junto con el resto de las figuras de poder que rigen dentro del sistema.

Teniendo en cuenta lo anterior, podría decirse que, si bien los actores que intervienen en el relato entienden que las acciones que llevan a cabo los bandoleros (robar, matar, secuestrar, etc.) son juzgadas y castigadas no solo por el libro sagrado que profesan, sino también por el documento máximo que rige una sociedad (la Constitución Política), de una u otra forma ellos mismos se encargan de convertir esas acciones en hechos justificables a partir del bien común, es decir que son estos mismos los que otorgan legitimidad a su accionar que, según los estatutos normativos sociales, su religión y creencias, deberían ser castigadas, pero que por ser acciones que van en pro de un interés colectivo de las clases populares, no representan algo que sea ilegal.

En este sentido hay una subversión suscitada desde el espacio popular, en donde el anti-valor se configura como el elemento fundamental para el agenciamiento de los conflictos que transversalizan la sociedad, ya que a su vez refleja la falta de confianza en el funcionamiento del carácter legal, que invita a la ejecución de prácticas ilegales dentro de las dinámicas intersubjetivas en el espacio social, como las acciones legítimas y completamente válidas dentro del imaginario popular.

“Yo soy quien manda aquí”, “Aquí la autoridad no vale nada” eran algunas de las frases que Efraín esbozaba con orgullo mientras hacía alarde de las capacidades con las que contaba para evadir a la autoridad, llevando a que González se configurara como una suerte de victimario y víctima a la vez, describiéndose a sí mismo como “un ser humano perseguido que se defiende como puede” y que, al mismo tiempo, es difamado por los



medios como la prensa y la radio quienes construyen un relato desde su percepción como instituciones del accionar criminal de este mismo. En torno a Efraín se creó un tejido social que incluía una serie de vínculos y complicidades políticas, sociales y económicas de los campesinos, lo que constituye el ambiente natural del bandolerismo (Sánchez & Meertens, 1983) que tiene repercusiones positivas para el accionar criminal de Siete Colores, puesto que respalda las acciones ilegales del protagonista de las crónicas de Pedro Claver que tienen cabida dentro de la industria cultural siendo esta misma capaz de configurar imaginarios a partir de las narrativas literarias que establecen valores y sentidos míticos en torno a ciertos personajes, legitimando, desde el discurso popular, las acciones ilegales como solventes de las problemáticas sociales, ignorando los sentidos normativos de la ley. En este sentido, hay un efecto por parte de estas narrativas en los individuos que las consumen en tanto que estos mismos replican estos comportamientos en sus contextos inmediatos alterando las dinámicas de acción social en las que conviven y que repercuten en las formas de concepción de la institución legal como espacio de condicionamiento y control de la estructura en general.

De igual forma, estas narrativas representan en Efraín González la imagen de guerrero incansable y solitario que resiste hasta el final, tal como sucedió en su última batalla el 9 de julio de 1965, en la cual enfrentó él solo a 1.200 soldados y militares en un 8 al sur de la ciudad de Bogotá con más de 200.000 espectadores, en donde evidenció su bravura de bandolero construida a lo largo de su carrera como criminal, convirtiéndolo en el héroe valeroso que fue capaz de parar la ciudad y poner a su disposición la justicia y todo el aparato estatal.

Con un enfrentamiento que duró varias horas, y que fue fruto de un operativo ordenado por el coronel José Joaquín Matallana; huyendo por techos, ocultándose en patios y trepando paredes, cayó Efraín González Téllez conocido como “Siete Colores” luego del eco de miles de balas disparadas por los más de 1.000 soldados y militares que hicieron parte del gran operativo que tuvo resultado y acabó con la vida del que parecía ser inmortal. En el lugar que fue su trinchera, los militares pusieron una placa que decía: “Aquí peleó durante 4 horas un cobarde criminal contra 1200 valerosos soldados de la patria” a lo que alguien agregó abajo con lápiz: “y casi se les va” (Claver, 1993).

Donde, para concluir con su relato, agregaba “por fin moría el hombre, pero justo empezaba el mito”.



Referencias bibliográficas

Canclini, N. (2004). ¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular? Diálogos en la acción, primera etapa.

Claver, P. (1993). Bueno pero malo. Bogotá. Editorial Planeta.

Claver, P. (2011). El mito de Siete Colores: Seis relatos en torno al bandolero Efraín González. Bogotá. Collage Editores.

Martín-Barbero, J. (1987). De los medios a las mediaciones. (pp.111-115). Editorial G. Gillin.

Martín-Barbero, J. (2002). Oficio de cartógrafo: Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura. (pp. 156). Santiago de Chile. Fondo de cultura económica.

Melo, Jorge Orlando. (1978). Colombia Hoy. Perspectivas hacia el siglo XXI. TM Editores. Colombia

Rodríguez, J. (s.f.). Novela colombiana - sitio virtual- Universidad Javeriana.

Recuperado

de:https://www.javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliografia/jar_narrativacol/intro.html

Sánchez, G., & Meertens, D. (1983). Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia. Bogotá: El Áncora Editores.

Serrano, M. M. (2004). La producción social de la comunicación. Madrid: Alianza Editorial.

Tonkonoff, S. (2012). La Cuestión Criminal. Ensayo de (re)definición. Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences.